



## CAPÍTULO VII

CULTO DE LOS ANTEPASADOS EN GENERAL, DE LOS ÍDOLOS Y FETICHES  
CULTO DE LOS ANIMALES, PLANTAS Y DE LA NATURALEZA

**H**AY pueblos que carecen completamente de ideas de seres sobrenaturales ó por lo ménos tienen de ellos vaguísimas ideas. Nos lo prueban testimonios que nos vienen de todas las partes del mundo, facilitados por viajeros pertenecientes á naciones y creencias diversas. «Cuando el P. Junípero Serra fundó la mision de Dolores en 1776, los ribereños de la bahía de San Francisco constituian una gran poblacion formada principalmente por

Ahonachtis, Ohlones, Altahmos, Romanons, Tulamos y otras tribus. El buen padre halló el campo libre, pues en el vocabulario de estos pueblos no había nombre alguno que significara dios, ángel ó diablo; no tenían formado concepto alguno de su origen ni destino. Este testimonio facilitado por Bancroft, respecto á los Indios de California, corresponde con los de los antiguos autores españoles en cuanto concierne á los pueblos de la América del Sud. Garcilaso ha dicho que «los Chirihuanas y los indígenas del Cabo Pasau... no tenían inclinacion alguna para adorar nada alto ni bajo ni por interés ni por creencia.» Balboa habla de tribus sin religion alguna que el Inca Yupanqui encontraria; y Avendaño afirma que en su época los Antis carecian de toda clase de culto. Sir John Lubbock refiere muchos hechos de esta clase, y se pueden buscar otros en la *Civilizacion primitiva* de Mr. Tylor. Estoy solamente de acuerdo con Mr. Tylor en pensar que los hechos implican por lo general alguna idea, aunque vaga é inconsistente si se quiere, de la vuelta á la vida del otro yo. Cuando esta idea no ha llegado al estado de creencia firme, es por lo ménos substancia de una creencia, lo cual se demuestra por medio de los ritos fúnebres y por el temor que se tiene de los muertos.

Sin resolver la cuestion de saber si hay hombres á quienes los sueños no les hayan dado lugar á la creencia en la teoría de un duplicado errante y la idea que de ésta es consecuencia, de que al morir el duplicado errante va á verificar un largo viaje, es indudablemente cierto que la primera concepcion de un sér sobrenatural susceptible de descubrirse, es la de un espíritu. Esta idea tiene cabida donde ninguna del mismo orden la ha tenido, y puede existir aun cuando existan innumerables ideas de semejante orden.

Esta creencia de la supervivencia de un duplicado se produce entre los salvajes y se reproduce perpetuamente entre los pueblos civilizados. Hé aquí un hecho muy significativo. Aun cuando no hubiera otro, basta á demostrar que el espíritu aparicion es el tipo primitivo del sér sobrenatural. Todo lo que hay comun á los espíritus de los hombres en todos los grados de civilizacion, debe tener en el pensamiento más profundas raíces que lo que particulariza los espíritus de los hombres en grados superiores: y si se llega á poder obtener el último producto por medio de las modificaciones y expansion del producto primitivo, es preciso admitir que está formado de esta manera. Admitidos estos puntos, vamos á ver cómo los hechos que examinaremos, justifican esta conclusion.

A medida que la teoría del espíritu aparicion sale de este estado primitivo

de vaguedad y variabilidad que hemos indicado antes para llegar á ser una vez definida y aclarada, el deseo de conciliarse el favor del espíritu y las tentativas para obtenerlo, vienen naturalmente; así podemos prometernos encontrar el culto de los antepasados más ó ménos desarrollado, casi tan difundido como la creencia de los espíritus aparecidos. Esto es lo que encontramos en efecto.

Hemos dado en anteriores capítulos gran número de hechos que prueban indirectamente que el culto de los antepasados existe no solo en las sociedades incivilizadas pertenecientes á razas muy heterogéneas, si que tambien en sociedades pertenecientes á razas del mismo orden. En su demostracion vamos á añadir rápidamente los hechos que de una manera directa lo prueban.

Cuando el nivel de la inteligencia y del progreso social está á pequeña altura, en general no encontramos ideas religiosas y asimismo dejamos de encontrar el culto de los antepasados en las sociedades que carecen de desenvolvimiento. Típico ejemplo es el de los Juango, pueblo salvaje de Bengala del cual se dice que no tienen término alguno que designe á dios ni idea alguna de vida futura, ni ceremonias religiosas, y que «nunca tuvieron idea de una vida futura.» Cook, que cuenta el estado de los Fuegienses antes de que concibieran otras ideas por medio del contacto con los Europeos, dice que ni siquiera existia entre ellos sombra de una religion; pero dice tambien, y otros nos dicen lo mismo, que los Fuegienses tenían el culto de los antepasados.

En cuanto uno puede fiarse en testimonios extraños, parece que sucede lo mismo entre los Andamanos. Los Australianos, cuyas ideas se han alterado sin duda alguna con el contacto de los hombres civilizados, pero que tienen evidentemente una creencia indígena en la existencia de los espíritus aparecidos, no parecen tener arraigada la costumbre de ganar el favor de los espíritus. Los Tasmanianos que creían en la malhechora ó bienhechora intervencion de los espíritus, no parecia que se esforzaran en obtener la buena voluntad de los mismos. Entre los Weddahs, aunque esta raza sea más inferior, el culto de los antepasados activos, por simple que sea, es la sola ó casi sola religion; empero, podemos creer que el contacto de los Weddahs con los Cingaleses más civilizados, habrán modificado probablemente sus ideas.

Pero cuando en lugar de grupos errantes siempre dispuestos á dejar detrás de ellos los lugares donde sus miembros están enterrados, consideramos grupos fijos que guardan de la mejor manera sus lugares de sepultura, lo cual permite el desarrollo de los ritos fúnebres, reconocemos que la propiciacion de los espíritus es una costumbre establecida. Todas las variedades del género humano nos lo demuestran.

Veamos primeramente los Negritos. «Entre los Fijenses, tan pronto sus parientes queridos exhalan el último suspiro, pertenecen á la familia de los dioses. Se erigen en memoria de los mismos *buves* ó templos, etc. Lo mismo creen los Tanneses. «El nombre general de su lengua para designar los dioses, dice Turner, parece ser el de *Aramba*, que significa hombre muerto.» Y lo mismo nos cuenta de otros pueblos Neo-Caledonios.

Otro tanto hay que decir de los Malayos-Polinesios más avanzados, pero junto el simple culto de los antepasados existe realmente entre ellos más desarrollado otro culto de antepasados más lejanos que han llegado á ser dioses. Al sacrificar á sus dioses los Tahitianos, sacrifican también á los espíritus de sus jefes ó de sus parientes muertos. Lo mismo se refiere de los naturales de las islas Sandwich, de los Samoans, de los Malgaches y de los indígenas de Sumatra. Este último pueblo, según Marsden, aunque no rinda culto alguno ni á dios, ni al diablo, ni á los ídolos, no deja de «venerar hasta el punto de adorarlas, las tumbas ó *manes* de sus difuntos antecesores.

Lo propio sucede en África. Livingstone afirma que el pueblo de Angola «está ocupado sin cesar en desviar la cólera de las almas de los muertos;» añade que los Bambiris «ruegan por los jefes y parientes muertos.» Asimismo dice Shooter, que entre los Cafres «se eleva al rango de los dioses» los espíritus de los muertos. Relaciones análogas se hacen de los pueblos de Balonda, Wanica y los del Congo.

Aunque pertenecientes á un tipo diverso, las razas asiáticas inferiores nos presentan también análogos ejemplos. Lo que nosotros entendemos afirmar es que el culto de los antepasados existe entre los Bhils, Bghais, Karens y Khonds. Según Hunter, el culto de los Santals «está basado en la familia,» y «cada casa, además del dios familiar, adora los espíritus de sus antepasados.» Si tuviéramos alguna duda referente á saber cómo está formado el dios familiar, podría acudirse á las indicaciones que Macpherson nos da respecto al culto de los antepasados entre los Khonds. Los padres más distinguidos de la tribu, de sus ramas, ó de sus subdivisiones, están representados por sacerdotes; su santidad crece á medida que va alejándose la época de su fallecimiento. En los pueblos asiáticos del Norte hallamos otros ejemplos, y no há mucho aun se citaban los Turcomanes como ejemplo de la persistencia del culto de los muertos al lado de un monoteísmo nominal.

Del extremo Norte al Sud de América, por doquier encontramos el mismo hecho; desde los Esquimales á los Patagones; y entre las antiguas razas civilizadas, según hemos visto, el culto de los antepasados estaba muy generalizado.

Hemos visto ya como en el antiguo mundo el culto de los antepasados estaba establecido y desarrollado de una manera muy complicada, entre el pueblo del Valle del Nilo, que hizo el primero dar tan grandes progresos á la civilización. No hay necesidad de decir cómo en el extremo Oriente, otra gran sociedad que se levanta también á una altura importante en la civilización, en una época en la cual Europa no estaba formada más que por bárbaros, practicó y practica todavía el culto de los antepasados. Este culto ha caracterizado siempre la civilización india; pero es un hecho menos conocido. Al lado del sistema religioso muy complicado en la India, los hombres muertos suministran incesantemente nuevas génesis de dioses. Así lo demuestra Mr. A. C. Lyall en la *Religion de una provincia India (Fortnightly Review, f. 1872)*: la apotheosis es una cosa normal que se puede acreditar por todas partes en este país. Hé aquí lo que escribe:

«Por mucho que me remontara en la investigación de los orígenes de las divinidades menores, de entre las mejor conocidas de las provincias, siempre encontraba que hombres pertenecientes á generaciones pasadas habían ganado á consecuencia de algún acto particular, ó de algún accidente de su vida ó de su muerte, el honor de pertenecer al rango del número de espíritus desprovistos de cuerpo... Los Bunjaras, tribu entregada del todo al bandolerismo, adoran un bandido de fama... M. Raymond, el comandante francés muerto en Haïderabad, ha sido canonizado á la usanza del país... Entre los numerosos dioses locales conocidos por haber sido hombres vivientes, la mayor parte provienen de la canonización que se concede ordinariamente á los santos personajes... El número de altares erigidos en el Bérar solo á los anacoretas y á las personas muertas en olor de santidad, es inmenso, y aumenta todavía sin cesar. Los hay ya que se han elevado al rango de verdaderos y suntuosos templos.»

Ahora que hemos observado el génesis natural de culto de los antepasados, el lugar inmenso que ocupa en el mundo, la persistencia con que se conserva todavía entre las razas civilizadas al lado de formas de cultos más desarrollados, dejemos el punto de vista extremo de este asunto y pasemos á su punto de vista interno. Estudiémosle tanto como podamos, colocándonos en el caso de los que practican este culto. Afortunadamente tenemos á mano dos ejemplos de pueblos que practican este culto: el uno de la más rudimentaria forma, el otro de la más adelantada, expresados en el mismo lenguaje.